3293 Nº 22
51

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# DE TRES Á CUATRO

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

RAFAEL RAMÍREZ Y ENRIQUE JIMÉNEZ QUIRÓS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
*(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)*
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

3

Á Enrique Chicote.

*Sus amigos,*

Ramírez y Quirós.

# ACTO UNICO

Gabinete elegante; puerta al foro y dos laterales. Mesa de escritorio con papeles, libros, etc. etc.

## ESCENA PRIMERA

RAFAEL y PABLO, por el foro.

PABLO. ¡Caramba, *usté* por *Madri!*
RAFAEL. Hace poco que he llegado.
Tú, tan bueno.
PABLO. Sí, señor.
RAFAEL. ¿Y mi primita?
PABLO. En su cuarto.
RAFAEL. ¿Sigue con la medicina?
PABLO. ¿Cómo si sigue?
RAFAEL. Estudiando.
PABLO. ¡Ay, señorito del alma!
RAFAEL. ¿Qué te ocurre?
PABLO. ¡Mucho y malo!
RAFAEL. Habla.
PABLO. Que la señorita
está de aquí. (Indicando que está loca.)
RAFAEL. (Alarmado.) ¡Cómo!
PABLO. ¡Estándolo!
Y que vamos á salir
muy mal, si sigue con ánimo
de abrir la consulta.
RAFAEL. ¿Eh?

674240

PABLO. ¡Ya está en *tóos* los diarios
*anunciá*, y hoy *emprencipia*
á curar, de tres á cuatro,
á todo bicho viviente
que padezca del estómago,
del *celebro*, de las piernas,
de la garganta ¡*ú* del bazo!
RAFAEL. Francamente; no comprendo
ese gusto tan extraño.
¡Dedicarse una mujer
á curar enfermos!
PABLO. ¡Claro!
Eso mismo digo yo.
¿Me comprende *ustéz?*
RAFAEL. ¡Exacto!
PABLO. No es de ella *tóa* la culpa,
señorito.
RAFAEL. Es verdad, Pablo.
PABLO. Ella sólo se estrelló;
pero todos la empujaron.
RAFAEL. Primero mi padre, luego
mi tío, después el bárbaro
de don José...
PABLO. Y *pa* final,
usté, que después de años
de relaciones, se *pira*
y deja á la novia en blanco.
RAFAEL. Los negocios...
PABLO. ¡Qué negocios!
*Pa* querer, se echan á un lado.
RAFAEL. Yo quiero mucho á mi prima,
y de fijo que me caso
con ella.
PABLO. ¿Ejerciendo?
RAFAEL. ¿Cómo?
PABLO. Quiero decir, si curando
enfermos.
RAFAEL. Eso no.
PABLO. Entonces,
no se casa usté.
RAFAEL. ¿Y si yo hago
que desista?

PABLO. ¡Eso, jamís!
RAFAEL. ¿Que no? Pues he de probarlo.
PABLO. Nada pierde usté con eso;
pero me da en el olfato,
que no va usté á sacar nada
del sermón.
RAFAEL. ¿Y si hace caso?
PABLO. (Muy rápido.)
Canto yo misa mañana,
y recibo un toro bravo,
y don Mateo Sagasta
*deseguía* me hace algo,
*ú menistro, ú* concejal,
*ú* papa. ¿Qué nos jugamos?
RAFAEL. ¿De modo que tú supones
que ella...?
PABLO. Hará *tóo* lo contrario
de lo que usté diga.
RAFAEL. ¡Ah! ¡Dí,
con un pensamiento magno!
¿Qué apuestas á que mañana
no abre la consulta?
PABLO. ¿Cuánto?
RAFAEL. ¡Cinco duros!
PABLO. ¡Cinco duros!
RAFAEL. ¿Apostados?
PABLO. ¡Apostados!
RAFAEL. Tú me tienes que ayudar
en lo que te diga.
PABLO. ¡Y tanto!
RAFAEL. ¡Yo voy á ser un enfermo!
PABLO. ¿Un enfermo?
RAFAEL. ¡Disfrazado!
La cuestión es que desista
de curar enfermos.
PABLO. ¡Claro!
RAFAEL. La consulta, á ¿qué hora empieza?
PABLO. A las tres.
RAFAEL. (Mirando el reloj.) Son menos cuarto.
Voy, y vuelvo. Por fortuna,
vivo ahí en frente.
PABLO. ¿En el cuatro?

RAFAEL. Sí; en la fonda de la Unión.
PABLO. Corriente.
RAFAEL. ¡Hasta luego, Pablo!
PABLO. La señorita Remedios
sale.
RAFAEL. Hasta dentro de un rato.
(Vase por el foro.)

## ESCENA II

PABLO; REMEDIOS, por la izquierda.

REM. ¿Hablabas con alguien?
PABLO. No.
REM. ¿Es seguro?
PABLO. Muy seguro
señorita, se lo juro...
¡vamos que no hablaba yo!
REM. Corriente. ¿Estás enterado
de lo que tienes que hacer?
PABLO. Sí, señorita. El deber,
me lo se *deletreado*,
y en la vida faltaré
á mi obligación, ¡cabal!
y aunque soy un animal,
me sobra *pesqui* y *quinqué*
*pa* ver una cosa oculta
y *pa* decirla de paso,
que si me *hicía* usté á mi caso,
se acababa la consulta
ahora mismo.
REM. ¿Qué me dices?
PABLO. Que me inspira usté interes
y que...
REM. Pablo, tú no ves
más allá de tus narices.
¡Cerrar la consulta!
PABLO. ¡Justo!
REM. ¿Y por qué?
PABLO. Porque yo creo
francamente, que es muy feo,
y además de muy mal gusto,

que una mujer de primera
como es usté, señorita,
se exponga á que una visita
le arme alguna escandalera.

REM. ¿A mí, por qué?

PABLO. ¡Qué sé yo!
Por cualquier cosa. ¡Quién sabe!
Dice usté á uno: «Usté está grave.»
¡Y si se empeña en que no
está él grave, grave, vamos
que por menos de un pitillo
corremos por el pasillo
usté y yo como dos gamos!
¡La experiencia es horrorosa;
y ya verá al practicarla,
que una cosa es estudiarla
y ejercerla, es otra cosa!

REM. No seas tonto ni seas necio.

PABLO. Lo digo de corazón,
y con muy buena intención,
señorita.

REM. Pues desprecio
esa intención que me tienes,
y te ruego que jamás
ignores á dónde vas
ni digas de dónde vienes.
Que no ejerza, solo uno
puede lograrlo.

PABLO. ¿Quién el
señorito Rafael?

REM. Ese, menos que ninguno.

PABLO. Quien bien quiere, pronto olvida
los insultos que le infieren;
y como ustedes se quieren
con el alma y con la vida,
creo lo más natural
que se casen, y que no
recuerden lo que pasó.
¿No digo bien?

REM. ¡Dices mal!
¡No negaré que yo quiero
á Rafael, y él á mí;

mas después de todo, ¿á tí
qué te importa, majadero?
Procura estar siempre alerta
con lo que debes hacer,
si no... te vas á coger
los dedos con una puerta.
Con que á callar en buen hora
mi anciano y buen servidor.

PABLO. (¡Esto es un *perdicaor*
disfrazado de señora!)

REM. Ahora vete.

PABLO. *En seguidita.*

REM. Si acaso te necesito
te llamaré.

PABLO. (¡El señorito
ya puede darme la *guita!)* (Mutis por el foro.)

## ESCENA III

### REMEDIOS

¡Este Pablo, es imposible!
¡Pues no dice que está feo
en una mujer curar
á todo aquel que esté enfermo!
¡No sé por qué! ¿Qué me expongo?
Me expongo á ganar dinero,
pero nada más. Hay cosas
que se escuchan, y que luego
después de escucharlas, dice
una arrugando el ceño:
¡Qué tonta soy! ¡Dar oídos
á las palabras de un necio!
¡Cada loco con su tema!
Dejemos, pues, á mi viejo
servidor con sus manías
y con sus torpes consejos,
y á ejercer la medicina
sin descanso ni sosiego.

## ESCENA IV

REMEDIOS; RAFAEL, representa un chulo bien vestido, y un poco jorobado.

RAFAEL. ¿Se *pué* pasar?
REM. Adelante.
RAFAEL. ¿Es usté esa Remedios
de Castrorojo, que cura
todos los padecimientos
de los seres racionales?
REM. Servidora.
RAFAEL. Lo celebro.
*Ustez desimule* que
no me quite el *güito*.
REM. Bueno.
RAFAEL. Tengo en la masa *cefálica*
y en el mismísimo centro
de la *pelota*, un boquete
que caben los cinco *deos*,
y en cuanto que me da el aire,
los doce *ú* catorce pelos
que rodean la erosión,
se ponen así de tiesos.
REM. Corriente.
RAFAEL. ¿Que por qué fué?
REM. No; si yo...
RAFAEL. Va usté á saberlo.
Yo he sido viudo tres veces.
¿Me comprende usted?
REM. Comprendo.
RAFAEL. Y mis mujeres han sido
lo mejor del bello *seso*,
*dende* que Dios dijo á Eva
al nacer: «Adán es miembro
de la creación, y tú
estás *destiná* en el huerto,
vulgo paraíso, á ser
su *gachí*, porque yo quiero.
REM. ¡Qué atrocidad!
RAFAEL. La mejor

de las tres, fué la Loreto;
una moza de primera,
¡con unos *pieses* y un pelo!
es decir, tenía muchos
en la cabeza y *tóos* negros,
con un lunar del tamaño
de un *tranvia* en el pescuezo,
y un talle... era el talle suyo
un *monda muelas* de nebro.

REM. Corriente: ¿Y usted, qué tiene?
(Con impaciencia.)

RAFAEL. *Dende* que hincó el *pico*, tengo
una *afeción* catarral
que me sube por el cuello
y me baja por la glótis
en seguida que lo pruebo.

REM. ¿El qué?

RAFAEL. El zumo de la uva.

REM. ¿El vino?

RAFAEL. Cabal. No puedo
permitirme con el tinto
ninguna clase de excesos;
y respecto á emborracharme,
me es imposible el hacerlo
nada más que siete días
á la semana. ¡Es lo cierto!
Pero volviendo á la cosa,
vamos al decir, volviendo
al boquete *ú* á la herida,
como usté quiera, que tengo
en la *pelota ú* cabeza,
como *ustez desine*, debo
de manifestar á *ustez*
con el debido respeto,
que me lo hizo hace ocho días
en la Plaza de Pontejos,
un primo hermano carnal
segundo de la Loreto,
por decirle que la Luz
es mala de nacimiento,
lo cual, que le incomodó,
y sin decirme ni esto,

tiró de un *vergajo madre*
que llevaba entre el chaleco
y la elástica, y me dió...
es decir, me dió el primero
nada más, pues de coraje
me caí redondo al suelo,
y el segundo se lo dió
á un aguador malagueño,
*concuñáo* de mi madrastra.

REM. (¡Qué me importará á mí esto.)

RAFAEL. Pero yo tuve razón
*pa* decirle á Pepe aquello,
porque la Luz ha vivido
muy cerca de día y medio
conmigo, antes que con él,
y me ha *còntao* en secreto,
que no ha *conocío* padres
*verosímiles* ni *auténticos*.
¡No tiene *na* más que tíos!
Lo cual, ¿qué prueba? Que el genio
de su familia, *radica*
en un rincón, y los *vientos*
de su ruín naturaleza,
debida á torpes excesos
de los seres racionales,
se hallan en el propio centro
de la *inmundicia*, de modo
que tuve razón *respeto*
á decir si la Luz era
*mu* mala de nacimiento,
porque el que no tiene padres
al nacer, no siendo un feto,
en cuanto *creza*, ni Dios,
le dice toma diez céntimos.

REM. Bien, pero vamos á ver,
¿qué padece usted?

RAFAEL. Padezco
de aquí. (Señalando la garganta.)

REM. ¿Le cuesta trabajo
la deglución?

RAFAEL. No comprendo.

REM. Que si le es fácil tragar

ó le es difícil.

RAFAEL. ¡Ah! eso
según. ¡Cuando como callos
*ú* chicharrones, lo suelo
hacer de mala manera,
y con otras cosas, debo
de manifestar á *ustez*,
que no me duele un pimiento!
Pero esto no hace al motivo,
quiero decir, al objeto
de mi visita.

REM. ¿Qué dice?

RAFAEL. Que *tóos* los medicamentos
que *ustez* me dé, no me valen
pero que de *na*.

REM. No entiendo.

RAFAEL. El malo no es *este cura*.

REM. No; ¿pues quién es el enfermo?

RAFAEL. ¡El que vive con la Luz!

REM. ¿El que le pegó á usted?

RAFAEL. ¡Menos!
Si es que ahora vive con otro
que es primo mío y consuegro,
el cual padece del hígado
de resultas de un orzuelo
que se le formó una noche
en la niña del derecho
tomando café con media
tostada en el Naranjero.

REM. (¡Qué atrocidad!) Pues que venga
á la consulta.

RAFAEL. ¡Ay que bueno!
¡Pero que no sabe usted
la gracia que me está haciendo!
¡Cómo va á venir si está
el chico en cama, con ciento
y pico de sanguijuelas
*aberbatás* al pescuezo,
y las narices hinchadas
la mar, del humor malévolo
que despide á toda fuerza
la abertura del orzuelo!

REM. Pues sin verle es imposible
que se le cure.
RAFAEL. ¡Voy viendo
con *la fetén* por delante
que *tié usté* tanto de médico
como yo de obispo!
REM. ¿Eh?
RAFAEL. ¡Que no robe usté el dinero
á la gente!
REM. (Incomodada.) ¡Señor mío!
RAFAEL. *¡Miusté* que *dotora* esto!
REM. Salga al punto de mi casa.
RAFAEL. Voy, pero *ojito*, que puedo
*chivarme* con la justicia,
diciéndola que es un hecho
que *usté* estafa.
REM. ¿Yo?
RAFAEL. *¡De búten!*
REM. ¿Yo?
RAFAEL. ¡Con la cara y el pelo!
REM. ¡Tengo título!
RAFAEL. ¿De qué?
REM. De doctora.
RAFAEL. ¿Sí?
REM. ¡Le tengo!
RAFAEL. ¡Qué va usté á tener! ¿De dónde?
REM. Mire usted que llamo.
RAFAEL. Bueno,
llame usté, oirá *to* el que venga
*to* lo que la estoy diciendo,
y si no temo á los hombres,
pues á las mujeres menos,
porque yo tengo coraje
y porque yo me degüello
con el primero que diga
¡olé! en *cualsiquier* terreno,
y aunque la Naturaleza
me colgó en la espalda un peso
y se excedió en concederme
el físico un tanto feo,
con el primero que diga:
¡Leñe!... me rompo los huesos

y me tomo cuatro copas
después con el *interfeto;*
y... de una patá, derribo
un coche con el cochero,
y los caballos, y toda
la gente que venga dentro.
¡Porque *pa* riñones, yo!
*¡Miusté* que *dotora* esto!...
¡Adiós, y que *mangue* usté
mucho á los pobres enfermos!
Pero, que si no me voy,
¡vamos!... ¡pero que la pego!
(Vase por el foro.)

## ESCENA V

REMEDIOS

Ni buscado con candil
se encuentra otro tipo igual.
¡Me ha puesto el muy animal
como hoja de perejil!
¡Muy mal la consulta empieza!
¡Qué grosero, y qué insultante!
Debo tener el semblante
más rojo que una cereza.
Qué sarta de disparates
en un momento ha soltado;
¡parece que se ha escapado
de alguna casa de Orates!
Qué modo de zaherirme,
es decir, qué malos modos...
como vengan así todos,
¡cuánto voy á divertirme!

## ESCENA VI

REMEDIOS; PABLO, por el foro.

PABLO. ¿Se *pué* pasar, señorita?
REM. ¿Qué te ocurre?

PABLO. Usté perdone
que la moleste un instante;
el señor don Juan de Ponce,
álias el *Achares*, quiere
visitarla, pues el pobre
desea que usté le cure
una porción de dolores
nerviosos, que le dislocan
cuando duerme y cuando come.

REM. ¿Y es pobre efectivamente?

PABLO. Por la traza, no está el hombre
muy *sobráo* de *guita;* pero
de canas, ¡las tié á montones!

REM. Díle que pase.

PABLO. Corriente. (Medio mutis.)
¡Ah! Oiga usté: ¿el chulo, curóse?

REM. ¿Eh?

PABLO. Si le ha *curáo* usté
al que se ha ido hará unos doce
*ú* trece segundos.

REM. No.

PABLO. ¿No estaba malo?

REM. Sí.

PABLO. ¡Entonces!...

REM. ¿A tí que te importa?

PABLO. Bueno.
(El rato ha sido de ole.)
Voy á decirle que pase. (Desde el foro.)
Por aquí, señor. ¡No, hombre!
Seguido, eso es, cuidadito.
Aquí está ya don Juan Ponce.
(Rafael, que aparece en el foro, representa un viejecito de cien años, algo nervioso. Vase Pablo por el foro.)

## ESCENA VII

DICHOS; RAFAEL, por el foro.

RAFAEL. ¿Se puede?

REM. Pase.

RAFAEL. Señora,

bendigo mi buena estrella.
¿Puedo ver á la doctora?

REM. Está usté hablando con ella.

RAFAEL. ¡Ah! ¿Es usted?...

REM. La misma.

RAFAEL. Tengo
un placer en conocerla.

REM. Usted dirá...

RAFAEL. Pues yo vengo...
¡Doctora, es usté una perla!...

REM. Mil gracias. ¿Y qué padece?

RAFAEL. ¡Qué ojos tiene tan soberbios!

REM. Bueno, al grano.

RAFAEL. Me parece
que padezco de los nervios.

REM. Le parece... ¡cosa rara!

RAFAEL. ¡Ya lo creo! Pues me excito
siempre que... ¡Valiente cara!
quiero decir, buen palmito
le otorgó la Providencia.

REM. ¡Caballero!
(Indicándole que diga el objeto de su visita.)

RAFAEL. Voy señora,
pero tengo una conciencia
muy excitable, doctora.
Dispense usté mi sentir
y mis ardientes maneras...
¡soy viejo! voy á cumplir
muy pronto cien primaveras,
y por la edad me propaso
y la digo que es hermosa...
¡Pero no me haga usté caso
porque valgo poca cosa!
Estoy hecho un *estafermo*
por los años... ¡Con franqueza!
¡Ay señora!... Estoy enfermo
de los pies á la cabeza.
Aquí, donde usté me ve,
he sido torero.

REM. ¿Sí?

RAFAEL. Sí señora, el volapié
fué descubierto por mí,

de igual modo que el *quebrar*
á *cuerpo limpio,* en la cara,
antes que llegue á tomar
el bicho, una sola vara.
Las banderillas de lujo
las inventé yo en Utrera,
¡y el tal invento produjo
un efecto de primera!
Yo inventé la *media-luna.*
¿Y el *pasar,* quién lo inventó?
¡No tenga usted duda alguna
de que lo he inventado yo!
La tarde que entusiasmé
al público de Sevilla,
fué una tarde que inventé
las banderillas en silla.
Y á la semana siguiente,
sin descanso, ni sosiego,
dí á conocer á la gente
las banderillas de fuego.
La suerte de recibir
y la suerte de aguantar,
las inventé *sin sentir*
al año de torear.
No he sido un torero, loco
por alcanzar la victoria,
á mí me ha importado poco
dinero, renombre y gloria.
Por muchos pies que tuviera
no me ha hecho ninguna *res*
á mí saltar la barrera,
porque he tenido unos pies...

REM. Y los tiene.

RAFAEL. Sí los tengo,
pero la juro, señora,
que éstos con que me sostengo
no son aquéllos, doctora.

REM. ¡Los mismos, señor de Ponce!

RAFAEL. ¡Con más años!

REM. Se adivina.

RAFAEL. ¡El tiempo!... ¡Qué hace que el bronce
se convierta en cartulina!

REM. Prometo curarle bien
y pronto; con que al momento,
ya que tengo interés en
curar su padecimiento;
dígame qué siente.

RAFAEL. No,
no se lo puedo decir.

REM. ¿Por qué?

RAFAEL. Porque creo yo
que se va usted á reir.

REM. (¡Y dale!) ¿Qué siente usted?

RAFAEL. ¿Se empeña en averiguarlo?

REM. Es natural.

RAFAEL. ¿Para qué?

REM. ¡Pues toma, para *curarlo!*
¿Qué siente usted?

RAFAEL. Pues yo siento...
Voy á decírselo ahora.

REM. Vamos á ver.

RAFAEL. Al momento
lo va usté á saber, doctora.

REM. Siente usted...

RAFAEL. Mucho cuidado
con reirse, señorita.
Siento... haberla molestado
con mi estúpida visita.
No olvide usted al *Achares,*
rival de Pedro Romero,
Pepe-Hillo, Costillares,
el Lavi y el Chiclanero.
¡Adiós... mujer que la pista
de la gloria sigue ufana!
¡Adiós, cielo! hasta la vista,
querube, estrella... ¡serrana!
(Mutis por el foro. Remedios queda absorta.)

## ESCENA VIII

REMEDIOS; después PABLO

REM. Lo estoy viendo y no lo creo.
¿Ese vejete, ha venido

sin duda con el propósito
de divertirse conmigo?
¿Será algún loco? ¡Tal vez!
Pues si como empiezo sigo
la consulta, me parece
que se va á cerrar hoy mismo.
No han venido más que dos,
y los mismos dos, se han ído
como han entrado; *ítem más*,
con los insultos sufridos
del primero, y las mentiras
de ese *torerazo* antiguo,
que no se puede mover
y aún recuerda lo que ha sido.

PABLO. (Saliendo por el foro.)
¡Señorita!

REM. ¿Qué hay?

PABLO. Que tengo
un dolor en este sitio (Señala al hombro.)
que me vuelve loco.

REM. Un aire
debe ser.

PABLO. No sé.

REM. De fijo.
Date al acostarte unas,
fuertes friegas con espíritu.

PABLO. Corriente. (Medio mutis.)
¡Ah, señorita!
¿Curó usted al viejecillo
que se marchó?

REM. No.

PABLO. ¿Por qué?

REM. Sabes, querido Pablito,
que eres bastante curioso.

PABLO. ¿Curioso?

REM. Curioso he dicho.
Y si no fuera porque eres
un obediente y sumiso
servidor, en ocasiones
ya te hubiera despedido,
y eso que algo de razón
llevan dentro tus sencillos

consejos.

PABLO. ¡La mar, señora!

REM. Descuida, no haré el ridículo;
y si la consulta sigue
igual, ten por entendido,
que atiendo tu voluntad
y complazco tu capricho.

PABLO. ¡Señorita de mi alma!
¿Pero eso es *chipén*?

REM. Ciertísimo.

PABLO. Entonces, para que *to*
la pueda importar un pito
en este mundo, se casa
lo más pronto con su primo,
y es usté la criatura
más dichosa de este siglo.

REM. Ya no me querrá.

PABLO. ¡Anda, anda;
como que está perdidito
por usted.

REM. ¿Por mí?

PABLO. ¡De olé!

REM. ¿Y tú qué sabes?

PABLO. Yo afirmo
que la quiere á usté la mar,
y de corazón el chico.

REM. Si fuese así...

PABLO. No lo dude.

REM. ¡Silencio, que oigo ruido!
(Remedios indica á Pablo que se vaya. Este obedece sonriendo.)

## ESCENA IX

REMEDIOS; RAFAEL, representa un jugador. Es un tipo muy derrotado y... La indumentaria de este tipo se recomienda al buen talento del actor.

RAFAEL. ¿Se puede pasar, señora?

REM. Adelante, caballero.

RAFAEL. Aunque ando un poco ligero
de ropa, lo soy, doctora.

REM. (¡Qué original!)
RAFAEL. He perdido
al juego cuanto tenía,
hasta el matiz que teñía
este semblante abatido.
Mirando el tapete verde,
pasé mi tiempo mejor.
REM. Por eso tiene el color...
RAFAEL. De todo el que juega y pierde.
Fascinado por el brillo
del oro, me dí á jugar,
y jugué al chito, al billar,
al golfo, al truco, al tresillo,
al julepe, la ruleta,
al dosillo, al bacarrat,
la perejila, el barrat,
el guiñote y la carteta,
al asalto, al mediator,
al tute, al burro, al piqué,
á la mona, al ecarté,
al *mus* y á ¡viva mi amor!
Se me ha olvidado la cuenta
del dinero que perdí
al dominó y al besí,
la brisca, al treinta y cuarenta,
los dados, la lotería
y el monte. Se me alborota
la sangre con la pelota,
y el ajedrez me extasía:
como he vivido jugando,
conozco á la perfección
las damas, el faraón,
el solo, el relincho y mando.
A donde quiera que vaya,
mi fastidio se remedia
si juego á las siete y media,
el reloj y las tres en raya.
Y sufriendo los rigores
de una suerte sin desquite,
ahora juego al escondite
con todos mis acreedores.
REM. A eso se viene á parar

con el juego.

RAFAEL. No lo niego.
¡Pero es tan bonito el juego!
¡Es tan hermoso jugar!
Entre los juegos prohibidos
de aliciente tentador,
la ruleta es el mejor
de todos los conocidos.
Allí no caben fulleros,
y es, entre todas las gentes,
el juego de los valientes
y los hombres caballeros.
La primera vez, señora,
que yo he jugado en mi vida,
fué una noche maldecida
y á la ruleta, doctora.
Agitado, vacilante,
llevando en mis venas fuego,
pisé una sala de juego
en mis años de estudiante.
El hallarme frente á frente
del tapete tentador,
el vago y sordo rumor
producido por la gente,
que se revolvía llena
de la codicia del oro,
como en enjambre sonoro
se revuelve en la colmena.
Aquel ambiente infernal,
el ruído extraño y sutil
de la bola de marfil
sobre el dorado metal.
El afán de conocer
ese vértigo traidor,
que fascina al jugador,
todo produjo en mi sér
esa impresión misteriosa
que la sangre nos inflama:
el efecto que la llama
produce en la mariposa.
Y aunque el juego no entendía,
al fin me puse á jugar

como se debe apuntar
es decir, con valentía.
Mas debió pensar en mí
alguna mujer que amé,
pues todo cuanto jugué
fué lo mismo que perdí.
Era espantoso mi apuro
delante de aquel fracaso,
y, para salir del paso,
me quedaba solo un duro.
Maldije de mi existencia,
sudaba á más no poder,
que abriga más el perder
que una manta de Palencia.
No había otra resolución
que jugarme el duro entero
á un número, el que primero
despertara mi atención.
Y estuve tan inspirado,
que habiéndolo puesto al uno
vino, á salir oportuno
el pícaro delegado
del distrito de la Audiencia,
que me hizo perder el peso
y además me llevó preso
como única providencia.

REM. ¡Qué desgracia! Más ya es hora
de que usté me diga á qué
ha venido.

RAFAEL. Lo diré
con mucho gusto, doctora.
Como estoy hecho un dolor
por tener amor al juego,
hoy decidido me entrego
á jugar con el amor.

REM. Le declaro francamente
que no comprendo su idea.

RAFAEL. Pues ya que usté lo desea,
voy á explicarla.

REM. Corriente.

RAFAEL. Como dedicarme quiero
á buscar una mujer,

que aunque no sepa querer
en cambio tenga dinero,
quisiera prestarle el brillo
á mi triste y mustia cara,
en fin, que usté me quitara
este color de membrillo.
¿Querrá usté?

REM. Con mil amores;
voy á extender la receta.
(Se sienta figurando extender una receta.)

RAFAEL. Mi dicha será completa
si tengo buenos colores,
porque así podré aspirar
á un enlace ventajoso,
porque soy guapo y airoso
como usté puede observar.

REM. (¡Qué tonto!) Aquí tiene usté
la receta.

RAFAEL. Bien, señora.
¿Y cuánto valdrá, doctora,
la medicina?

REM. No sé
con certeza su valor,
pero debe ser un duro.

RAFAEL. ¡Virgen de Atocha, qué apuro!
¡No le tengo! Por favor,
démelo.

REM. Me hace reir.
Sin duda se ha equivocado,
y por *otro* me ha tomado.

RAFAEL. Por *otra,* querrá decir.

REM. Por otro; y es bien sencillo
que así lo diga, porque
á mí me ha tomado usté
por el sastre del campillo,
y ya me voy yo cansando.

RAFAEL. Tranquilícese.

REM. No quiero,
salga de aquí, majadero.

RAFAEL. ¡Qué es lo que estoy escuchando!
Conmigo tamaña acción;
y ese lenguaje tan serio.

No la armo á usted un tiberio,
porque tengo educación;
pero ya que me ha ofendido,
la llamaré extravagante,
cotorra, cursi, pedante,
bachillera sin sentido
que jamás tendrá una idea
noble, hermosa, extraordinaria;
mujer rara, estrafalaria,
tonta, ridícula y fea. (Vase por el foro.)

## ESCENA ÚLTIMA

REMEDIOS; luego PABLO y RAFAEL por el foro.

REM. ¡Dios mío, qué impertinente!
Si sigue de igual manera
esta consulta, cualquiera
la resiste diariamente.
Yo tengo mucha paciencia,
y llena de aplicación y sublime vocación
me he consagrado á la ciencia.
Pero yo no sigo así,
la consulta cerraré
antes que permitir que,
nadie se burle de mí.
¡La lección fué bien severa!
¡Pablo! ¡Pablo!

PABLO. (Saliendo.) ¡Señorita!

REM. Cuando venga otra visita,
la arrojas por la escalera.

PABLO. Bendita sea esa boca
que tal dice.

REM. ¡Qué mareo!
Qué laberinto; yo creo
que me voy á volver loca;
tienes razón Pablo, y tienes
buena intención además,
y no ignoras dónde vas,
y no ignoras de dónde vienes.
Es cierto, mi amigo fiel,
lo que me hiciste notar;

yo no he debido olvidar
á mi pobre Rafael.
Las horas y la afición
que á la ciencia consagré,
¿por qué no las dediqué
á educar mi corazón?
¡Qué imponente realidad,
y qué horrible porvenir!
yo sí que puedo decir...
¡Qué espantosa soledad!
(Sale Rafael por el foro.)
¡Tú aquí! Yo estoy asombrada.

RAFAEL. ¿Cómo asombrada? ¿De qué?

REM. De verte en Madrid.

RAFAEL. Llegué
antes de ayer de Granada.

REM. ¿Y vienes á verme ahora?
¿Tú que por mi amor te mueres?

RAFAEL. Mujer, vengo á ver si quieres
seguir siendo la doctora
y mi esposa.

PABLO. (Buena puya.)

RAFAEL. A nada despreferencia
y une mi amor á la ciencia
médica.

REM. Soy sólo tuya.
Fué severa la lección,
y te juro por mi fe
que destruyo aquello, que
levantó mi inclinación.
Si vieras lo que he sufrido
con tres enfermos que...

PABLO. ¡Toma!
Si ha *sio* todo una broma
que los dos hemos urdido.

RAFAEL. ¿Con éxitos más seguros
yo, verdad Pablo?

PABLO. ¡Eso es!
Me ha ganado usté. Después
le daré los cinco duros.

REM. ¡Cómo! ¿Una broma?

RAFAEL. Sí tal.

Prima, que me he disfrazado
y en tu casa me he *colado*
del modo más natural.
Soy el chulo vividor,
alegre y dicharachero,
soy el vejete, el torero
y también...

REM. ¡El jugador!

PABLO. ¡Digo! ¿Qué tal, señorita?

REM. Que se cerró la consulta.

PABLO. Soberbio.

RAFAEL. ¡No te resulta
que la broma!...

REM. Muy bonita.

RAFAEL. Más Remedios, ten presente
que lo que una broma ha sido,
pudo verse convertido
en realidad.

REM. Ciertamente.

RAFAEL. Olvidemos lo pasado
y á ser felices.

PABLO. Amén.

RAFAEL. ¿Qué alegre estoy!

PABLO. Yo también.

RAFAEL. ¿Y tú, por qué te has callado?

REM. Porque no será colmada
mi dicha, si estos señores,
al perdonar mis errores,
no me dan una palmada.

FIN DEL JUGUETE

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

## FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

# PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.